

# EN HOMENAJE AL GENERAL FRANCISCO JAVIER VERGARA Y VELASCO



OSWALDO DIAZ

Discurso pronunciado en la Sesión Solemne que la Academia Colombiana de Historia celebró en homenaje al General Francisco Javier Vergara y Velasco en el centenario de su nacimiento.

El colombiano cuya memoria nos congrega hoy, fue heredero de una sangre ilustre llena de virtudes y de merecimientos, historiador señaladísimo, geógrafo de extraordinaria competencia, pundonoroso militar de copiosos estudios, intelectual laborioso de obra extensísima, periodista de larga trayectoria y desvelado servidor de su patria. Tiene, pues, sobrados méritos para que la Academia Colombiana de Historia y el país todo celebren con júbilo la fecha centenaria de su natalicio.

Para saber del generoso ancestro del General Francisco Javier Vergara y Velasco no es necesario desvelarse sobre archivos y genealogías, ya que la piedad filial ayudada del celo histórico de uno de nuestros compañeros reunió en la obra titulada "DON ANTONIO DE VERGARA Y AZCARATE", un copioso caudal de informaciones que atestiguan la limpieza de aquella sangre y los repetidos frutos que ese árbol ubérrimo ha dado en nuestro suelo después de trasplantado del solar español a tierras de América. Figuran en esa galería condecorados militares, sacerdotes de apostólicas virtudes, letrados que vistieron togas, literatos que honraron bien ta-

jañas plumas, funcionarios que sirvieron en elevados cargos, pero solo me quiero detener en tres figuras que simbolizan otras tantas virtudes enlazadas en el linaje de Vergara y Velasco: Don Gabriel Gómez de Sandoval, o la piedad eucarística; Don Estanislao Vergara, o el servicio de la República; Don José María Vergara y Vergara, o el amor a las bellas y cultas letras.

Joya invaluable de nuestro arte colonial, ornamento precioso de la Plaza Mayor, relicario de las mejores pinturas de nuestro máximo artista, recinto donde selectos caballeros acompañaban a Nuestra Señora en la noche de su soledad, santuario destinado a custodiar presente en la eucaristía el Cuerpo de Cristo, es la Capilla del Sargrario, fábrica en la que el Sargento Mayor Gabriel Gómez de Sandoval gastó "cuarenta años de su tiempo y ochenta y tres mil pesos de su propio caudal". Para su ornamento, alarifes y canteros labraron las doradas piedras; plateros y orífices burilaron nobles metales; ebanistas y talladores tornearon el nogal y el carey; joyeros y doradores martillaron los panes de oro e incrustaron esmeraldas de Muza y perlas de Río-hacha; bordadoras

pacientes tejieron encajes sutiles y labraron ornamentos preciosos; y para ella el Maestro Gregorio Vásquez pidió inspiración a la Biblia, y de sus páginas trajo al lienzo la alegría del Salmista delante del Arca, la fuerza de Sansón en lucha contra la fiera, los exploradores de Canaán cargados con opimos frutos, el sueño del Profeta, el milagro del maná y la noche apacible sobre el campo de Madián. Artistas y menestrales trabajaron en la obra urgidos por la piedad del Sargento Gómez de Sandoval.

Con doña Ursula, hija del Sargento Mayor, enlazó su destino don Francisco Vergara y Azcárate y, en dote de amor, la devoción del Sacramento Santísimo se integró así en el patrimonio espiritual de los Vergaras, patronos de la capilla, celosos guardianes de sus tesoros que aumentaron generosamente el correr de los años. Y ni las conmociones violentas del espinazo andino ni las vicisitudes y turbulencias de la política colombiana, ni la marea de indiferencia han podido prevalecer contra esa iglesia vinculada tan íntimamente con el pasado de la ciudad. Don Eladio Vergara, padre del General, fue uno de los más preocupados custodios del piadoso legado, se esmeró en su esplendor y grandeza y de su mano iría aún niño el futuro historiador a conocer aquel relicario.

Veinte años tenía don Estanislao Vergara y Santa María, bachiller y licenciado en leyes del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario, cuando amaneció el sol del 20 de julio de 1810. Acogió Vergara con entusiasmo las ideas republicanas y, una vez terminados sus estudios profesionales, entró al servicio de la patria. En sus manos aún jóvenes e inexpertas, como las de tantos de los mandatarios de aquellos años primeros de la República, vino a depositarse la autoridad cuando ya los pífanos y tambores del Ejército expedicionario resonaban en

Santafé. Condenado por los tribunales de Morillo, pudo rescatar su libertad y acaso su vida a precio de oro. Vejado y oprimido pasó aquellos días terribles y, ya el 10 de agosto de 1819, lo hallamos señalado por el cabildo extraordinario de aquella fecha para salir al encuentro de los Libertadores. Y, tanto Bolívar como Santander, adivinaron en ese joven destinado a cumplimentarlos en su triunfo, a un futuro estadista, a un desvelado y leal colaborador, a un hombre siempre dispuesto al servicio civil de su república. Secretario del Interior y de Justicia en el primer gabinete de Santander, puede decirse que desde allí en adelante se halló presente siempre en posiciones destacadas, ya en distintas carteras del despacho, ya presidiendo la administración seccional, ya dirigiendo la política exterior de Colombia. La tarea era inmensa para los hombres de gobierno de aquellos días. De un complicado sistema colonial, de las agonías de un régimen de terror y entre los azares de una guerra que conmovía a media América Meridional, tenían que sacar instrumentos legales, prácticas de gobierno, recursos para el fisco, reclutas para los ejércitos, diplomáticos para las representaciones exteriores y funcionarios para los cargos administrativos. Y don Estanislao Vergara fue uno de los más destacados, laboriosos y útiles hombres públicos de aquellos tiempos. Hubo de hacer frente a crisis decisivas y de oponerse a quienes habían sido sus superiores en el gobierno y sus amigos de siempre. Supo sortear con dignidad esas dificultades, pero le quedó el amargo hastío de la política y, nuevo Cincinato, dejó las insignias del poder para ir a empuñar la esteva del arado en apartado rincón sabanero y no volvió a cortejar más a la tornátil deidad. Su pluma discurrió con fortuna por los campos del derecho, de la exégesis católica, de la historia y



General de División FRANCISCO JAVIER VERGARA y VELASCO

del periodismo; sirvió en la judicatura y en la cátedra, sin negarse nunca a las exigencias de la República, pero sin volver a las agitaciones de la política militante.

La hacienda patrimonial de Casablanca había tenido que ser comprometida cuando se trató de rescatar a Don Estanislao Vergara de la crueldad de los pacificadores. Esa misma hacienda, con su serrezuela de blandas combas, con su río que se desliza lento por repetidos meandros, con sus sauces que despeinan los ventarrones de agosto, con sus enormes piedras ornadas de inscripciones talvez milenarias, en cuyas concavidades hacen nido los buitres voraces, con la blanca cuadrícula de sus corrales y apartaderos donde escarcean los potros, con la mancha de las eras donde campesinos que son parte de la familia avientan los trigos, fue el más propicio teatro para que se desarrollara la mente de José María Vergara y Vergara. Acaso no haya figura más atractiva y simpática y al mismo tiempo más eficaz en nuestras letras que la de ese caballero bogotano. Impulsador de generosas iniciativas, congregó a su alrededor la generación de los **Mosaicos**, fundó el periódico que iría a recoger sus amenas producciones, inició el establecimiento de la Academia Colombiana, evocó en deliciosos cuadros las tertulias de antaño y los episodios de su ogaño, rescató del olvido las figuras de nuestros próceres y, en su admirable Historia de la Literatura en la Nueva Granada, recogió con devoción paciente cuanto había de valioso en el pasado de nuestras letras. Indudablemente el prestigio y el mérito de hombre tan singular tuvieron que influir en la vocación hacia las letras de su sobrino Francisco Javier.

Podría hacerse detenido catálogo de quienes llevaron el apellido Vergara y mostrar sus entronques con los más

claros linajes de nuestra historia, pero estas tres ramas del árbol genealógico bastan para mostrar las virtudes que llevaba en su sangre el personaje que nos ocupa.

En Popayán, el 15 de junio de 1860 nació Francisco Javier Vergara y Velasco. Y Popayán es todo historia, tanto en las **vigilantes colinas** que la cercan, donde en el predescubrimiento se apiñaron las multitudes que regían Pubén y Calambaz, como entre los vetustos sillares de sus templos y casonas, apacados por las cenizas del volcán y la ceniza de los siglos. En el umbral de cada puerta, al voltear de cada ángulo, en el intercolumnio de cada templo, la historia sale al encuentro en la ciudad ilustre. Y aunque Vergara y Velasco no pasó allí sino los primeros días de su infancia, algo de ese impacto de centurias debió quedar en él porque una de sus vocaciones más decididas fue la de la historia ya que no se hurta lo que se hereda e historiadores habían sido algunos de sus mayores.

Veamos cómo la entendía este primer historiador militar de nuestra tierra: "Como la historia militar no es la simple glorificación de caudillos más o menos afortunados, puesto que al humilde soldado también corresponde parte de la victoria, y en total los padecimientos y sacrificios, hemos tratado de revivir sus alegrías y padecimientos, a fin de sentirlos y así tratar de hacerlos sentir a los demás. Ellos, la carne de cañón a toda hora dispuesta al sacrificio, a veces con voluntad propia, a veces obligados en virtud del derecho de la fuerza contra el cual lidiaban con sangrienta ironía; ellos, decimos, no son responsables de las culpas o errores de sus jefes, en tanto que estos les adeudan la mejor parte en la siega de inolvidables laureles. Los héroes sin nombre también ganaron la corona de siemprevivas. Para escribir estas páginas

no hemos respetado las tradiciones, por hermosas que parezcan al patriotismo, ni nos limitamos a compendiar o reproducir el texto de conocidos historiadores, puesto que obra de esta clase no pasa de ser un plagio vulgar; nuestra labor está basada en los documentos oficiales de aquellos días de lucha sin tregua y sin cuartel, en la correspondencia de los principales actores del drama, en las memorias de los testigos presenciales”.

Estas palabras son del libro **1818** y, conforme a las ideas que expresan, escribió la historia Vergara y Velasco, con agudo sentido crítico, sin dejarse asombrar ni subyugar por el inmenso prestigio de los hombres cuyos actos analizaba, sin seguir servilmente las páginas de historiadores de mucho mérito pero quienes por haber sido actores, partes o testigos muy inmediatos de los hechos, tuvieron una visión deformada de ellos; acudiendo siempre al documento y a los testimonios insospechables. Tal manera de escribir sobre la guerra magna y otros hechos, atrajo sobre Vergara y Velasco la ira y la crítica de algunos de sus contemporáneos; y como era inquieto y valiente, se enredó en polémicas y dimes y diretes a los cuales no fue ajena esta docta casa.

De esa tarea histórica del General quedan los Capítulos de una Historia Civil y Militar de Colombia; 1818; 1819, Boyacá; Tratado Elemental de Historia Patria; Metodología y Crítica Histórica; Elementos de Cronología Colombiana; Metodología Histórica y el Archivo Nacional. Esto sin contar su asidua colaboración histórica en muchas publicaciones.

Investigador minucioso y a la vez filósofo de la historia, fue el General una de los mejores cultivadores de la ciencia bajo cuyo amparo aquí nos congregamos. Sus obras publicadas en ediciones muy modestas y cortas, son hoy en gran parte rarezas bibliográficas y

bien merecen copiosas reediciones porque, serenados los ánimos y apaciguadas aquellas polémicas, la labor histórica de Vergara y Velasco resplandecerá con nuevas luces.

Con el recelo natural de quien invade mieses ajenas, en campo que es propio de especialistas, me atrevo a decir que fue Francisco Javier Vergara y Velasco el primero que entre nosotros tuvo el concepto de lo que modernamente se llama la Geopolítica. Los geógrafos anteriores a él partían de la forma de gobierno, de la división artificial que traen las circunstancias administrativas, para tratar los temas geográficos agrupando las comarcas según un postulado institucional. Fue Vergara quien comenzó a agruparlas partiendo de la realidad insobornable de la tierra misma, de los accidentes que obedecen al gobierno permanente de la naturaleza y no al arbitrio casual y contingente de los hombres. La montaña y el llano, el altiplano y las quebras, el fluir de los ríos que siguen un terco camino, la vecindad del mar eterno, son realidades más permanentes que el querer voluble de los soberanos o de las multitudes erigidas en soberanos. Por eso la Geografía de Vergara y Velasco, ya la del Universo o la local de nuestro suelo constituyen anticipaciones y atisbos que se adelantaron en años a la idea que sus contemporáneos tenían en estas materias.

Detengámonos unos momentos en uno solo de sus libros. Dice la portada: Nueva Geografía de Colombia, escrita por regiones naturales, por Francisco Javier Vergara y Velasco, General de Ingenieros, miembro de varias sociedades científicas. Primera edición oficial ilustrada. Bogotá. Imprenta de Vapor. 1901. Tres lustros antes había aparecido la misma obra en edición privada y modesta. En el prólogo hallamos: “Y no por vanidad personal, sino por bien entendido orgullo pa-

trio, podemos afirmar que esta edición ilustrada de la Geografía de Colombia no tiene par en la América Latina, y deja muy atrás cuanto en la materia se conoce de México a Chile y la Argentina; y si las ilustraciones no son perfectas desde el punto de vista artístico, en cambio constituyen una obra esencialmente nacional, ejecutada por jóvenes formados en la Escuela de Grabado, en maderas recogidas en las magníficas selvas colombianas". Y, en efecto, recorriendo las mil doscientas páginas de este libro, hallamos: Cartas de las regiones naturales, cartas de los principales municipios, planos a escala de los accidentes geográficos, cartas de ferrocarriles y caminos, mapas relativos a la historia, diagrama, esquemas y croquis e ilustraciones repartidas por todo el texto, el cual está enriquecido con magníficos apéndices.

Como complemento indispensable hizo el Atlas de la Geografía de Colombia en siete entregas sucesivas. Desafortunadamente ni los recursos del cartógrafo ni lo incipiente de nuestras artes gráficas de entonces permitieron que esa magnífica labor científica tuviera la adecuada presentación que merecía. Si esas planchas grabadas en madera hubieran podido reemplazarse con litografías u otros procedimientos más adelantados, sorprenderían por su exactitud y su minuciosidad. Para apreciar los méritos de Vergara y Velasco como geógrafo, baste decir que Eliseo Reclus utilizó en sus obras de fama mundial los datos de nuestro compatriota y lo llamaba en repetidas cartas su amigo y colaborador.

Duro e ingrato es el sino de un profeta, el de un anticipado, y Franjaver lo fue en grado eminente, especialmente en las ciencias militares. Ser la voz que clama en el desierto conduce siempre al tajo de la degollación o a la picota de escarnio. Este último fue el

sino del General Vergara y Velasco. Nadie podrá hoy negarle el haber sido el primer militar rigurosamente científico de nuestra historia, el primero que entendió la guerra no como la afortunada aventura de un caudillo sino como la meditada tarea de un técnico; el primero que a la intuición repentina y al coraje del momento quiso substituir el estudio metódico, la apreciación de los factores que conducen al éxito y la preparación de los medios que aseguren el fin. Nuestros grandes héroes, el mismo impulsivo Bolívar el meditativo Santander, el arrojado Córdoba, el impredecible Páez, fueron —acaso con la excepción del estudioso Sucre— militares de intuición, jefes de im-promptu, comandantes que aventuraron el éxito a un momento de inspiración feliz o de descabellado arrojo, conductores que resolvieron terribles dilemas improvisando órdenes sublimes en su arrebatado pero inexplicables en el riguroso tecnicismo militar: "¡Comandante, cargue y salve la Patria! ¡División, armas a discreción, paso de vencedores!"

Y lo que fue relámpago genial en la gesta libertadora fue continuada imitación en el curso de nuestras guerras civiles. Para ganar los galones o las estrellas no eran necesarios estudios, diplomas o academias. El jefe salía de la montonera a fuerza de músculos o a fuerza de temeridad. Para pronunciarse y titularse modestamente coronel de cincuenta hombres o, ambiciosamente, general de doscientas plazas, bastaba el prestigio local y el ser hombre para dar el pecho a las balas. Ser padre y patrón de sus soldados, como era antes padre y patrón de sus peones o de sus vaqueros, y saber morir al frente de la mesnada fueron los títulos y méritos de aquel escalafón de circunstancias.

Vergara y Velasco había conocido bien aquella clase de jefes, como que

a los diez años ya estaba incorporado a las tropas que combatieron en Garrapata. Por contraste él quiso ser un hombre de estudio, hacer de las matemáticas, de las ciencias naturales y de la geografía las bases de su preparación militar; estudiar en los grandes conductores clásicos y en las guerras modernas el arte de mandar ejércitos, de fortificar plazas, de abastecer las tropas, de emplear las armas modernas, de atender a la intendencia y a la sanidad de las columnas en operaciones. Y como no quería solo su perfección egoísta, sino que sus anhelos eran la reforma de la oficialidad y el progreso de la institución armada, a los veintidós años regresó al ejército con el título de Profesor de ciencias militares, obtenido después de pasar rigurosas pruebas y exámenes. Y la enseñanza fue para él una forma de apostolado. Para hacer llegar sus instrucciones a todas las guarniciones fundó el periódico "El Ejército", primera publicación de carácter exclusivamente militar que se hacía en nuestro país. De este modo inició su perseverante labor de instruir y educar el personal de las fuerzas combatientes de entonces. Todas las materias militares fueron tratadas en esas páginas, al mismo tiempo que obras voluminosas se iban preparando, especialmente en relación con la historia militar de Colombia. Contra la improvisación quiso inculcar el cálculo y la estadística, el establecimiento de maestranzas, talleres y ambulancias, el servicio de etapas. En su afán de instruir, Vergara y Velasco llegó a dar ejemplos sublimes en su sencillez, como el de sentarse, ya coronel, al lado de alféreces y subtenientes en los bancos de la Escuela de Guerra para recibir de los profesores chilenos enseñanzas en las que era aventajado maestro. Pero todo esto contrariaba lo admitido, lo usual, lo inveterado. ¡Qué iban a pensar aquellos corajudos militares de mostachos olorosos a pólvora que la

guerra llegaría un día a prepararse en los laboratorios antes que en los campos de batalla y que el futuro genio de la destrucción sería un hombre de delantal blanco quieto ante un microscopio o un contador Geiger, o un estadístico acumulador de cifras y de datos y no un hombre muy de a caballo, rasgándole los ijares al potro cerrero en frenética atropellada!

Y como a todo precursor, esperaba a Franjaver el sarcasmo. La novela de clave, el libro donde bajo un mal disimulado disfraz se señala, como con el dedo, a las personas, había hecho fama y escuela en España después de las admirables **Pequeñeces** del Padre Coloma, en cuyas páginas el cáustico jesuita clavó como mariposa de museo los personajes y comparsas de la caída de la monarquía y los albores de la primera república. Los autores de PAX siguieron esa misma pauta. Y en sus páginas crucificaron, después de escupirlos en el rostro, de vestirlos con la túnica del escarnio y de poner en sus manos el cetro de cañas, a hombres como José Asunción Silva, Marco Fidel Suárez, Guillermo Valencia, Rafael Uribe Uribe, Benjamín Herrera y Francisco Javier Vergara y Velasco. Sobre este último acentuaron la befa y la burla, sin embargo nadie podrá negar al General el haber sido el adelantado de las ciencias militares en nuestra patria.

Como comprobación de esto basta recordar una sola de sus actuaciones: lo que hizo en la guerra de los mil días. En Palonegro fueron iguales el arrojo y el valor de ambos combatientes, iguales los sacrificios y las penalidades soportados por aquellos valientes, igual el hedor de los cadáveres insepultos durante varios días bajo un sol de canícula, ya fueran esos despojos mortales de rojos o de azules. Pero, al paso que la revolución veía acabarse momento a momento, municiones y vituallas, el servicio de etapas pacientemente establecido por

Vergara y Velasco, los talleres y maestranzas que había puesto en pie, su estudio y previsión mantuvieron abastecido y renovado el ejército del gobierno que terminó por obtener la victoria sobre su agotado adversario. Oigamos la voz autorizada de un profesional y de un historiador a este respecto. Dice el Coronel Leonidas Flórez Alvarez, nuestro colega, en su libro "CAMPAÑA EN SANTANDER": "cuando ya hervía la revolución y el ejército del gobierno se inclinaba a tomar ese cariz de las montoneras; él (Vergara y Velasco) con una alta comprensión del medio, se atribuyó tácitas funciones de estado mayor, valiéndose de las columnas del Boletín para llevar a todos los sectores militares valiosas enseñanzas. Con efecto, puso de relieve la aptitud de los comandantes de tropa en el servicio de campaña, para sacar rendimiento en las marchas, en el combate y en el reposo; dió normas para la alimentación del soldado, efectuando cálculos sobre la potencialidad de los alimentos, su peso y sus condiciones dietológicas, así como consejos acerca de la sanidad de campaña; publicó minuciosos itinerarios con toda suerte de datos de estadística local sobre las poblaciones cruzadas en la marcha de los oficiales; presentó gráficas de los teatros de operaciones, y cuando empezaron a originarse los hechos de armas, con acierto, pero empleando un apasionamiento explicable en esas circunstancias, hizo críticas de mucha valía". Otro militar, subalterno y compañero de trabajo en aquellos días atareadísimos, el General José María Forero Sánchez, escribió: "No se limitó el señor General Vergara y Velasco a cumplir únicamente las disposiciones a la conservación del orden y de la tranquilidad de la capital de la República, sino que, sin desatender este asunto propio del puesto que ocupaba (el de Comandante Militar de la Plaza) consiguió que el Ministerio de Guerra dicta-

ra los decretos y las resoluciones necesarios para desarrollar en la Comandancia Militar una actividad de trabajo tal, que hiciera de dicha Comandancia un centro donde se atendiera con prontitud y acierto a los servicios de intendencia, de remonta, de dirección de etapas, de dirección de material de guerra y de comando de tropas". Y, más adelante: "Debido a los esfuerzos del Comandante Militar de la Plaza de Bogotá se estableció el servicio de comunicaciones entre Honda, Bogotá y principales poblaciones del Departamento de Santander, de manera de atender oportunamente a los servicios de subsistencia del ejército en operaciones en aquel Departamento. De esta manera se consiguió que llegasen a tiempo oportuno las armas, municiones y demás elementos que decidieron de la buena suerte de las fuerzas legitimistas en la campaña del norte, sobre todo en la Batalla de Palonegro, cuyo triunfo fue coronado en definitiva por el contendor mejor servido en su aprovisionamiento de municiones".

Tuvo Vergara y Velasco pasión por el periodismo. Ya en sus albores había fundado, en unión de uno de sus primos, su primer periódico llamado "**La Ciencia**". A los veinte años publicaba artículos sobre agronomía en el **Agricultor** y al año siguiente daba a la luz pública con Francisco José Vergara Balcázar, el **Almanaque y Guía Ilustrada de Bogotá**. Ya mencionamos aquella primera hoja militar titulada **El Ejército**. De análoga índole fue **El Ingeniero**, en la cual publicó artículos sobre ingeniería militar. Durante cinco períodos sucesivos fue Director de los **Anales de Ingeniería** y en ellos escribió numerosos artículos sobre geología, física, geografía, reforestación y otras materias. En marzo de 1897 fundó **El Día** con el eminente repúblico don José Vicente Concha y ya vimos cómo hizo del Boletín Militar un órgano de docencia para preparar los oficiales del ejército.

Fue Vergara y Velasco incansable con la pluma y quiso cubrir con sus escritos variadísimos campos, siempre con el interés de servir a su patria, de mejorar el ejército o de enseñar a sus conciudadanos. Esa erudición tan múltiple, ese incesante correr de su pluma, esa febril actividad contribuyeron a crearle fama a la vez de estudioso y extravagante y dieron pábulo a que la incompreensión, la envidia y la maledicencia se estrellaran contra él. Devolvió los golpes con resuelto coraje, pero nada logró vulnerar su voluntad ni disminuir el ritmo de su inquietud intelectual desconcertante, pues, además de su decisión de ser útil, lo alentaban los estímulos que recibía del extranjero y los honores que las sociedades doctas le atribuían como reconocimiento de sus trabajos.

Ni el desconocimiento de sus méritos, ni la burla soslayada, ni la aparente esterilidad de su labor pudieron detenerlo en su tarea fecundísima. Solo la muerte pudo parar ese motor en combustión permanente. Lo alcanzó en Barranquilla, en enero de 1914, cuando en aquella ciudad se hallaba cumpliendo comisiones del servicio. Ese mismo año estalló la primera de las guerras mundiales que vi-

no a demostrar cómo la técnica y la ciencia son factores primordiales en las victorias de los tiempos modernos y que mientras más estudios y mayor preparación tenga un oficial puede rendir mejores servicios a su patria en peligro.

La muerte de Vergara y Velasco fue la ocasión de que comenzaran a apreciarse mejor sus merecimientos y servicios y las plumas de sus compañeros de armas exaltaron con palabras emocionadas el vacío que dejaba en las filas del Ejército Nacional.

Pero hoy no es el día de recuerdos melancólicos. No estamos aquí para dolernos del ocaso de este buen colombiano, sino para saludar con regocijo aquella fecha de hace cien años, cuando se abrieron a la luz los ojos de un niño que luego, en más de medio siglo, los tuvo siempre atentos con curiosidad a todo lo que pudiera significar observación, estudio, progreso y servicio para su patria. Las hadas que velaron esa cuna dijeron talvez como en el libro del veterano de Lepanto: "En la ínsula que os doy tanto son menester las armas como las letras y las letras como las armas".